



MIKE  
HAMMER

Una noche solitaria

*Mickey Spillane*

En una noche neblinosa Mike Hammer tiene un arriesgado encuentro con un matón armado y una chica fugitiva, que termina con ambos muertos. Pronto Hammer se verá atrapado en una red de siniestros gánsteres y mujeres hermosas como nunca antes había visto, y su única salida es matar y volver a matar... incluso con sus propias manos.

## CAPÍTULO 1

**N**adie cruzaba el puente nunca, no en una noche como aquella. La lluvia era lo bastante persistente para ser casi una neblina, una cortina fría y gris que me separaba de los óvalos pálidos de las caras encerradas tras las ventanillas empañadas de los coches que pasaban zumbando. Incluso el brillo nocturno de Manhattan se había reducido a unas pocas luces amarillas y soñolientas a lo lejos.

Había dejado mi coche en algún sitio y había echado a andar, hundiendo la cabeza en el cuello de mi gabardina, con la noche envolviéndome como un manto. Caminaba, fumaba, tiraba las colillas y las miraba trazar un arco hasta la acera y apagarse tras un último parpadeo. Si había vida tras las ventanas de los edificios yo no la percibía. La calle era mía, toda mía. Me la regalaban encantados y se preguntaban para qué la quería tan solitaria.

Había otros como yo, compartiendo la oscuridad y la soledad, pero se acurrucaban bajo los portales, reacios a compartir también el agua y el frío. Podía sentir sus ojos siguiéndome brevemente antes de volver a ensimismarse en sus pensamientos.

Seguí caminando por las duras aceras de hormigón de la ciudad, entre los desfiladeros de edificios. Ni siquiera me di cuenta cuando los altos acantilados de ladrillo y mampostería se fueron reduciendo hasta desaparecer y la acera me condujo hasta una rampa que me llevaba hasta el arácido esqueleto de acero que era aquel puente que unía dos estados.

Subí hasta su parte más alta y me quedé allí, apoyado en la barandilla, con un cigarro entre los dedos, mirando las luces rojas y verdes de las barcas del río que tenía a mis pies. Me parpadeaban y me llamaban con notas graves y roncadas, antes de desaparecer en la noche.

Como ojos y caras. Y voces.

Enterré la cara entre mis manos para que todo volviese a aclararse, preguntándome qué diría el juez si pudiese verme en ese momento. Quizá se reiría porque se suponía que yo era jodidamente duro y, allí estaba, con unas manos incapaces de quedarse quietas y una sensación de vacío en el pecho.

Era un juez bajito. Bajito y viejo, con unos ojos que eran como dos bayas en un arbusto. Tenía el pelo muy blanco y ondulado, la piel flácida y arrugada. Pero su voz era como la de un ángel exterminador. La dignidad y conocimiento que revelaba su cara le hacían parecer un gigante, le daban el porte de Gabriel repasando en voz alta tus pecados y decidiendo tu suerte.

Me había mirado con un desprecio más elocuente que las palabras, azotándome con sus ojos frente a un tribunal lleno de gente, sin desperdiciar un solo segundo para seguir atizándome con su látigo con punta de acero. Su voz, cuando habló, escondía una acritud educada digna solo de los justos.

Pero no tardó en alejarse de los justos. Su voz se transformó en odio y desprecio porque yo era un detective privado que se cargaba gente a la que era muy necesario cargarse pero no conseguía pillarme. Así que yo era un asesino, por definición, y lo único que podía hacer su ley era escandalizarse con la definición.

Demonios, de todas formas el Estado habría terminado matando a aquel tipo... quizá ese mismo juez hubiese dictado la sentencia. Quizá pensaba que tendría que haber llamado a la policía cuando aquel cabrón me estaba apuntando una pipa directamente a la entrepierna.

Sí, claro.

Si lo hubiese dejado ahí, todo habría estado bien. Me han llamado miles de cosas antes. Pero no, tenía que continuar, desnudar mis vergüenzas y arrojarme el pasado a la cara, un pasado que debería haber seguido muerto y enterrado para siempre. Tuvo que volver a cinco años atrás, una época de la que solo sabía por terceros, y decirme que la guerra me había revelado el poder de las armas y el obsceno placer de la brutalidad y la fuerza, la dulzura picante del asesinato bendecido por la ley.

Ese era yo. Habría sonado mejor de haberlo explicado yo. Allí, entre el estiércol y el fango de la jungla; entre el hedor que sobrevolaba las playas, elevándose desde los cuerpos de los muertos; entre la penumbra creada por demasiados atardeceres y amaneceres unidos por el insistente patrón de las balas; allí había saboreado la muerte y me había parecido apetitosa hasta el punto de no poder volver a disfrutar de los frutos de la civilización normal.

¡Maldita sea, no me daba tregua! Siguió atizándome hasta convertirme en basura, golpeando los puños contra el estrado mientras profetizaba una lluvia purificadora que me arrastraría hasta las alcantarillas, con todos los demás desechos, y dejaría solo a los buenos y los mansos en este reino de ley y justicia impolutas.

Un día moriría y el mundo sería mejor. Y a los buenos solo les quedaba una pregunta desconcertante: ¿Por qué seguía vivo... cuál podía ser la razón de mi existencia cuando no había nada de bondad en mí? Nada en absoluto.

Así que me devolvió mi alma hecha de dureza, odio y amargura, me dejó blindarme con la armadura del cinismo y me despachó sin dejarme hablar y soltar la respuesta que tenía preparada.

Había anunciado el siguiente caso antes de que yo hubiese llegado hasta una de las paredes de la sala. Hacía pinta de ser un buen caso, pero nadie parecía interesado. Solo me miraban a mí y en sus ojos brillaba ese tipo pecu-

liar de desdén horrorizado de aquellos que contemplan una criatura repugnante y fascinante encerrada en la jaula de un circo.

Solo unos pocos mostraban algo de simpatía. Allí estaba Pat. Me saludó levemente con la mano e hizo un gesto con la cabeza que significaba que estaba todo bien porque yo era su amigo. Pero el juez había dicho cosas que Pat también había querido decirme muchas veces.

Allí estaba Pete, un reportero demasiado viejo para emociones fuertes, idóneo para descubrir casos humanamente interesantes en los tribunales de primera instancia. También me saludó, con una mueca que era una combinación de sonrisa para mí y desdén hacia el juez. Pete también era un cínico, pero le gustaban los tipos como yo. De vez en cuando le suministraba alguna historia.

Velda. La adorable, adorabilísima Velda. Me esperaba junto a la puerta y cuando llegué hasta ella vi que sus labios se fruncían para darme un oportuno y breve beso. Las filas y filas de ojos que me seguían se clavaron en aquella aparición celestial, con un vestido corto que se retaba a cada movimiento de su cuerpo. Después sus miradas fueron de sus zapatos negros a sus piernas, cuerpo y hombros, casi demasiado bonitos para ser reales, y quedaron pasmadas cuando encontraron una cara de una belleza capaz de sublimar cualquier emoción. Movié la cabeza solo lo suficiente para apartarse la melena estilo paje y la mirada que dirigí a aquellas buenas gentes y su canoso guardián de la ley fue digna de recordar. Durante un segundo largo cruzó su mirada con la del juez y la indignación de la justicia se topó con la indignación del amor.

Sí, Velda era mía. Necesité mucho tiempo para descubrir hasta qué punto era mía, demasiado. Pero ya lo sabía y no lo olvidaría nunca. Era lo único decente de mi vida y era muy afortunado por ello.

Dijo:

—Larguémonos de aquí, Mike. Odio la gente con mentes pequeñas.

Salimos del edificio y subimos a mi coche. Sabía que yo no quería hablar del tema y se mantuvo en silencio. Su mano tomó la mía y la apretó.

—Una buena borrachera y lo olvidas todo, Mike. A veces la gente es demasiado estúpida para ser agradecida. Llámame cuando estés como una cuba y voy a recogerte.

Eso fue todo. Me conocía lo suficiente para leer mi mente sin importarle lo que pensase. Si todo el maldito mundo se me echaba al cuello, allí seguiría Velda, lista para agarrarlos por el pescuezo y pisotear sus caras. Ni siquiera me despedí de ella. Cerré la puerta y arranqué.

No, no me emborraché. Me miré dos veces al espejo. No parecía yo. Solía ser capaz de mirarme y sonreír, por muy feo que me hiciese parecer. Ahora me estaba mirando igual que aquella gente. Estaba mirando a un grandullón con mala reputación, un tipo que no tenía razón alguna para existir en una sociedad decente y normal. Eso había dicho el juez.

Sudaba y tenía frío a la vez. Quizá era cierto que me había pasado allí. Quizá me gustaba la muerte. Quizá me gustaba demasiado para saborear nada más. Quizá estaba podrido y retorcido por dentro. Quizá, algún día, terminaría en las cloacas con todos los demás desechos. ¿Qué impedía que no lo estuviese ya? ¿Por qué era como si llevase colgado una especie de amuleto que me permitía seguir vivo cuando estaría mejor muerto?

Por eso había aparcado el coche y había echado a andar bajo la lluvia. No quería volver a mirar el maldito espejo nunca más. Así que caminé y fumé y subí hasta la cima del puente, donde las barcas del río me pusieron caras y hablaron hasta que tuve que enterrar la cara entre mis manos para que todo volviese a aclararse.

Era un asesino. Un homicida legitimado. No tenía motivos para vivir. ¡Sí, eso había dicho!

Volvió a aparecer aquella música loca que empezó a sonar en mi cabeza cuando regresé de aquellos atardeceres y amaneceres, una percusión grave eclipsada por los estridentes aullidos de instrumentos de metal aún no inventados. Aullaban y martilleaban una sinfonía de locura y destrucción, me tapé los oídos y maldije hasta que se detuvieron. Solo quedaron las campanas, un centenar de campanas que me atraían hacia la música. No les hice caso y se detuvieron, una tras otra, excepto una profunda y persistente de voz grave y resonante. No se rendía. Me llamaba. Cuando abrí los ojos me di cuenta de que era una boya del río que sonaba cada vez que la corriente la mecía.

Cuando supe de dónde salía me sentí bien. Como mínimo era real. Aquel juez, aquel condenado hijo de puta canoso me había puesto en aquel estado. Aunque tampoco era tan duro. No tendría por qué sentirme tan mal... pero quizá tenía razón. Quizá tenía toda la razón del mundo y yo no iba a contentarme hasta haber dado con la respuesta. Si es que la había.

No sé cuánto tiempo pasé allí. El tiempo solo era el tic-tac de un reloj y la mezcla de sonidos que llegaba desde la rampa que había a mi espalda. En algún momento, tras el sexto cigarrillo, la lluvia fina se convirtió en una nieve fina que me mojaba la cara y se pegaba a mi abrigo. Al principio se derretía y formaba charcos sobre el acero y el hormigón, después empezó a cuajar y extenderse en un fino manto blanco.

En ese momento desapareció por completo el último retazo de realidad. Las vigas se convirtieron en árboles gigantes y el puente en un espeluznante bosque poblado por monstruos con ruedas y cabezas blancas que corrían hasta el final de la pasarela para adentrarse en entornos más amables. Me recliné bajo la sombra de una viga y los observé para evitar que mi mente pensase en otras cosas, feliz por fundirme con la paz y silencio nocturnos.

Finalmente llegó el alivio de la tensión. La rigidez de mis dedos desapareció y di una calada profunda, como a mí me gustaba. Sí, podía sonreír y ver las caras disipándose hasta convertirse en las luces de babor o estribor de las barcas, y la campana que me llamaba, una simple boya en la oscuridad.

Debía escapar de todo aquello. Debía llevarme a Velda, dejar la oficina y buscar empleo en el sector inmobiliario de alguna comunidad pequeña sin asesinatos, armas ni mujeres. Quizá me fuera bien. Era maravilloso poder volver a pensar con sentido. No más odio loco haciéndome nudos por dentro. Basta de perseguir a escoria de gatillo fácil. Aquello era trabajo de la policía. El deber de la ley y el orden organizados. Y también de la lenta justicia. Basta de asuntos turbios.

Por eso la nieve y el silencio me convenían. Hacía mucho que no me sentía tan bien. Quizá no estaba podrido y solo era asesino por azar. Quizá no me gustaba matar.

Saqué otro Lucky y busqué una cerilla en mis bolsillos. Algo me hizo levantar la cabeza antes de encontrarlas y presté atención.

El viento soplabá. La nieve caía con un leve siseo. Sonó una sirena de niebla. Eso fue todo.

Me encogí de hombros, saqué una cerilla y volví a oírlo. Un sonido débil y molesto que no encajaba con el silencio y la paz del puente. Eran ruidos suaves e irregulares que se disipaban cuando el viento cambiaba de dirección pero regresaban con más fuerza. Eran pasos, amortiguados por los centímetros de nieve de la acera.

Me habría encendido el pitillo si los pasos no estuviesen corriendo con esa prisa desesperada que viene de la fatiga. El ruido se acercó hasta convertirse en una sombra, a quince metros, que resultó ser una chica envuelta en un abrigo con un gran cuello de lana. La chica intentó apoyarse en una viga, pero resbaló.

Cayó de bruces e intentó levantarse y seguir corriendo, pero no pudo. Respiraba con dificultad, sollozaba de tal manera que su cuerpo se estremecía en convulsiones desesperadas.

Ya había visto el miedo antes, pero nunca así.

Estaba a solo unos pasos y corrí hacia ella. La sujeté por las axilas para ayudarle a ponerse de pie.

Abrió como platos sus ojos enrojecidos, derramando lágrimas que entelaban sus pupilas, me miró y dijo entrecorridamente:

—Dios... ¡No, por favor!

—Tranquila, cielo, relájate —dije. La apoyé en la viga y sus ojos examinaron mi cara, aunque las lágrimas le impedían verme con claridad. Intentó hablar pero la detuve—. No hables, chiquilla. Habrá tiempo de sobra para eso. Ahora relájate un poco, nadie va a hacerte daño.

Como si esto hubiese removido algo en su cabeza, volvió a abrir mucho los ojos y giró la cabeza para mirar hacia la rampa. Yo también los oí. Pasos, aunque estos no apresurados. Llegaban débil y claramente, como si fuesen plenamente conscientes de que alcanzarían su objetivo en solo unos segundos.

Sentí un gruñido abriéndose paso hasta mi boca y entrecerré los ojos. Quizá alguien pueda abofetear a una mujer tanto como quiera y convertir su vida en un infierno, pero nadie tiene derecho a dar un susto de muerte a ninguna mujer. Así no.

Ella temblaba tanto que tuve que agarrarla por los hombros para calmarla. Vi que intentaba hablar y que su intenso miedo se apoderaba de su cara al no poder articular sonido alguno.

La aparté de la viga.

—Vamos, arreglaremos esto en un momento —estaba demasiado débil para resistirse. La rodeé con un brazo y eché a andar hacia las escaleras.

Él apareció entre la cortina blanca de nieve, un tipo bajo y gordo con un gabán bien cerrado. Llevaba un sombrero de fieltro echado hacia un lado y, desde lejos, pude ver una sonrisa en sus labios. Llevaba ambas manos en los bolsillos y caminaba con arrogancia. No se sorprendió lo más mínimo cuando nos vio a los dos. Arqueó levemente una ceja, pero nada más. Oh, sí, llevaba un arma en el bolsillo.

Y me estaba apuntando.

Nadie tuvo que decirme que era él. Ni siquiera necesitaba saber que tenía una pipa en la mano. La forma en que se había puesto rígido al verme fue suficiente. Seguro que yo no hacía muy buena cara, pero no le afectó.

El arma se movió en el bolsillo de tal manera que supe que era un arma.

Su voz era como su cuerpo, breve y espesa. Dijo:

—No es muy inteligente hacerse el héroe. Ni mucho menos —sus gruesos labios esbozaron una sonrisa de satisfacción y desdén. Lo veía tan claro en su mente que casi podía oírle decirlo. La chica corriendo, cayendo ciegamente en brazos de un extraño. Sus súplicas de auxilio, la disposición inmediata del tipo a protegerla, para terminar frente al cañón de una pipa.

Las cosas no habían ido así, pero eso era lo que pensaba. Su sonrisa se agrandó y dijo, ásperamente:

—Bueno, mañana os encontrarán a los dos —su mirada era gélida y letal como la de una mantarraya.

Era demasiado arrogante. Lo único que veía era su propio dominio de la situación. Debería haberme mirado más atentamente y quizá hubiese visto qué tipo de mirada tenía. Quizá se habría dado cuenta de que también era un asesino, que sabía que era de esos que se toman la molestia de sacar la pistola del bolsillo para no arruinar un buen abrigo.

Pero no le di oportunidad. Apenas moví un brazo y antes de que pudiese sacar su arma ya tenía mi 45 en la mano, le había quitado el seguro y había disparado. Le di un

segundo para que se percatase de cómo era morir y después borré toda expresión de su cara.

No se había imaginado, ni por un instante, que el héroe también tuviese un arma.

Antes de poder guardarla de nuevo en la funda, la chica dio unos pasos y se apoyó en la barandilla. Su mirada ya era clara. Miró el cuerpo en el suelo, el arma en mi mano y las finas arrugas que convertían mi cara en una máscara sedienta de sangre.

Gritó. Santo cielo, cómo gritó. Gritó como si yo fuese un monstruo salido del averno. Gritó y dijo unas palabras que sonaron así:

—¡Tú... eres uno... de ellos!

Vi lo que iba a hacer e intenté sujetarla, pero aquel breve respiro le dio las fuerzas que necesitaba. Se volvió y subió a la barandilla. Sentí que un trozo de su abrigo se me quedaba en la mano mientras caía de cabeza al vacío.

Cielos, cielos, ¿qué había pasado? Mis dedos se aferraron a la barandilla y la miré caer. Cien metros hasta el río. ¡La pobre idiota no tenía por qué hacerlo! ¡Estaba a salvo! Nadie iba a hacerle daño, ¿no se había dado cuenta? Yo gritaba a pleno pulmón sin que pudiese oírme nadie más que un hombre muerto. Cuando me aparté de la barandilla, tiritaba como una hoja.

Y todo por culpa de aquel cabrón pequeño y gordo tirado en la nieve. Eché un pie hacia atrás y pateé lo que quedaba de él hasta que rodó y quedó boca abajo.

Lo había vuelto a hacer, ¡había matado a otro tipo! Ahora podía presentarme en el tribunal, frente al hombre del pelo blanco y la voz de ángel exterminador y dejarle exponer mi alma a todo el mundo para que pudieran cubrirla con otra capa de pintura negra.

Paz y silencio, ¡genial! Debería hacer que me examinasen la cabeza. O que se la examinasen a aquel tipo; tenía un agujero infernal. El sucio hijo de puta creía que iba a salirse con la suya. El gordo sebososo vino hacia mí con una

pipa en la mano, creyendo que se iba a salir con la suya. Por su manera de caminar pensarías que el mundo le traía sin cuidado, que iba a matar a dos personas sin pestañear. De todas formas, había conseguido parte de lo que pretendía. La chica estaba muerta. Era el tipo de rata que se habría reído a carcajadas con los diarios del día siguiente. Quizá se suponía que era la lluvia purificadora que debía arrastrarme a las alcantarillas con el resto de desechos. Hermano, eso sí que habría tenido gracia.

Bueno, si quería reírse, iba a reírse. Si su fantasma podía reír, yo me ocuparía de darle un buen espectáculo para que se desternillase. Su fantasma se iba a reír tanto que iba a convertirse en el bufón del infierno, así cuando el mío llegase también tendría algo de que reírse. No soy más que un apestoso e inútil asesino, pero llegué primero, señoría. Llegué primero y viví para volver a hacerlo porque tengo ojos que ven y una mano que funciona sin que nadie le diga qué tiene que hacer. ¡Y me trae sin cuidado lo que haga con mi alma porque hace tanto que la perdí que ya no se puede hacer nada por ella! ¡Váyase al infierno, señoría! ¡Ríase a carcajadas!

Le registré los bolsillos y me guardé sus llaves y cartera en el abrigo. Le arranqué todas las etiquetas de la ropa, quité a patadas la nieve de la acera y le froté las yemas de los dedos contra el hormigón frío, hasta que no le quedó ninguna huella dactilar. Cuando terminé, parecía los restos de un espantapájaros con demasiados años de vida. Lo agarré por un brazo y una pierna y lo lancé por la barandilla. Cuando oí un leve chapoteo, al cabo de unos segundos, mi boca esbozó una sonrisa. Empujé a patadas las prendas de ropa y la pistola por debajo de la barandilla y dejé que se perdiesen en la oscuridad de la noche y el río. No necesitaba preocuparme ni por la bala. Estaba allí mismo, en la nieve, aplanada y reluciendo por la humedad.

También la pateé hasta lanzarla por debajo de la barandilla.

Ahora solo tenía que dejar que lo encontrasen. Que descubriesen quién era y qué había pasado. ¡Y que se partiesen de risa, ya de paso!

Lo tenía todo hecho y me encendí un cigarrillo. La nieve que seguía cayendo había creado una nueva capa sobre las pisadas y la mancha oscura. Casi cubría el pedazo de tela que había arrancado del abrigo de la chica, pero lo recogí y lo mandé con el resto de cosas.

Ahora mis pasos eran el único ruido en la rampa. Volví caminando a la ciudad, diciéndome que todo estaba bien, que las cosas tenían que ser así. Así era yo y no podría haber sido de otra manera ni aunque no hubiese habido guerra. Yo tenía razón, el mundo se equivocaba. Un coche de policía aulló al pasar por el peaje y me rebasó, sus sirenas se disiparon en un leve quejido. No le presté ninguna atención. No iban a ninguna parte, mucho menos a lo alto del puente, porque no había pasado ningún coche en los pocos minutos en que había sucedido todo. Nadie me había visto, a nadie le importaba. Y si les importaba, ¡al infierno con ellos!

Llegué a las calles de la ciudad y me volví para echar otro vistazo al bosque de acero que trepaba hasta el cielo. No, nadie cruzaba el puente en noches como aquella.

Casi nadie.

## CAPÍTULO 2

**E**sa noche no me fui a casa. Fui a mi oficina, me senté en la silla de cuero, frente a mi escritorio, y bebí sin emborracharme. Dejé mi 45 sobre mi regazo, limpio y cargado, y lo miré, sintiéndolo como una extensión de mí mismo. ¿A cuánta gente había mandado al otro barrio? Mi mente bloqueó aquel pensamiento del pasado, metí mi arma en su funda, bajo el brazo, y me dormí. Soñé que el juez del pelo blanco y ojos como dos bayas en un arbusto me apuntaba con un arma, me ordenaba que emprendiese el largo camino a ninguna parte. Yo tenía mi 45 en la mano y mi dedo apretaba el gatillo. Se oía un chasquido pero no disparaba. Y tras cada chasquido multitud de voces diabólicas entonaban un canto fúnebre hecho de risas y yo le lanzaba el arma, pero no salía de mi mano. Formaba parte de mí y estaba bien pegada.

Me despertó la llave girando en la cerradura. Durante aquel sueño intenso y violento no me había movido ni un milímetro, así que cuando levanté la cabeza me encontré con Velda. No supo que estaba allí hasta que dejó caer el correo sobre mi escritorio. Se quedó petrificada un segundo, estupefacta, hasta que se relajó y sonrió.

—Me has dado un susto de muerte, Mike —se detuvo y se mordió los labios—. Has venido muy pronto, ¿no?

—No he ido a casa, nena.

—Oh. Creía que ibas a llamarme. Me quedé despierta hasta bastante tarde.

—No me emborraché.